

... en los motivos de moralidad...
... y viviendo por la gloria...
... moral y en el del mundo...
... no en su propia virtud...
... mas para hacer el bien...
... herido y quedando de...
... rior al angel y una...
... oracion es la que se...
... que cada una de estas...
... Estas cuestiones...
... por donde he de...
... lica y moral...
... hieran todos a...
... los en el mundo...
... gobierno de los...
... con el presente...
... mientras esto...
... entre las clases...
... con una...
... celebracion...
... pobres...
... Iglesia...
... en los gobiernos...
... Iglesia...
... los...
... mejor...
... Para su...
... una...
... que...
... toda...

QUINTA PARTE.

LA IGLESIA CATÓLICA CONSIDERADA EN SUS LUCHAS Y EN SUS TRIUNFOS.

Portæ inferi non prævalebunt
adversus eam.
Mat. xvi, 18.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

QUINTA PARTE

LA MISMA CANTICA CONSUEVA EN SUS PARTES
Y EN SUS TRIBUTOS

CAPITULO PRIMERO.

Las herejías (1).

Desde su origen tuvo la Iglesia innumerables enemigos que se propusieron formalmente destruirla á sangre y fuego, negando á los cristianos el derecho de vivir mientras no renunciasen á su religion. Sus esfuerzos fueron inútiles, y á pesar de ellos se arraigó y propagó por toda la tierra, acreditando con esto que se hallaba sostenida por una potencia sobrenatural. Los ídolos cayeron y la Iglesia vivió.

Además de tantos enemigos exteriores, nacieron en su seno mil excisiones peligrosas, que trataron de destruir la Iglesia, destruyendo su unidad. «El infierno, dice S. Ci-

(1) Al tratar de los combates y triunfos de la Iglesia, debiéramos ocuparnos en primer lugar de las sangrientas persecuciones que sufrió en los primeros siglos de parte de los emperadores romanos; pero como ya lo hemos hecho en varios lugares de esta obra, remitimos á ellos al lector. Véase 2.^a parte, caps. 1.^o y 2.^o; 4.^a parte, cap. 2.^o, párrafo 1.^o A pesar de ser las persecuciones tan largas y encarnizadas, la Iglesia se extendía y robustecía cada vez más. Aquí solo haremos notar el hecho asombroso del trágico fin que han tenido casi todos los perseguidores, como si el mismo Dios hubiera querido vengar á su Iglesia. Véase la revista *La Cruz*, tomo II de 1860, pág. 254.

priano, viendo los ídolos derribados, procuró más que nunca alterar la fe y romper la unidad católica. Pero al librar contra ella nuevos ataques, le proporcionó ocasión de nuevos y brillantes triunfos.

Si la Iglesia hubiera sido una sociedad puramente humana, aquellas excisiones le hubieran sido fatales: las herejías tan variadas, tan numerosas y tan tenaces, la hubieran aniquilado. Pero lejos de eso, le sirvieron para afianzarse más, y todas redundaron en su provecho.

Sin duda por esta consideración decía el Apóstol San Pablo: «Conviene que haya herejías para que se manifiesten y conozcan los que están probados en la fe (1).» Así como las persecuciones sirvieron para probar á los verdaderos cristianos y distinguirlos de los tibios y pusilánimes, del mismo modo las herejías contribuyeron á confirmar á los cristianos en su fe. Por ellas se desembarazaba la Iglesia de sus hijos rebeldes, y solo quedaban en su seno los que tuviesen *una sola alma y un solo corazón*.

Además, las herejías contribuyeron directamente al desarrollo de la doctrina de la Iglesia y á la aclaración y fijez de los dogmas. Hubo necesidad de asentar firmemente las verdades que aquellos negaban, y de defenderlas contra los nuevos errores, precisando los términos, ó sea *definiéndolas*, según la propiedad de la expresión teológica. De manera que al condenar los errores, se afianzaban los dogmas, y al explicar la doctrina, se robustecía la fe y se prevenía á los fieles contra las seducciones de cualquier novador. La regla de creer era lo que se había creído, y el criterio para juzgar una doctrina era su conformidad ó disconformidad con lo que enseñaron los Apóstoles.

De aquí es que los Obispos y encargados de la enseñanza se veían obligados á tener continuamente fijas sus miradas sobre la antigüedad, á consultar los monumentos, á renovar sin cesar la cadena de la tradición, y á velar sobre el depósito de doctrina que se les había confiado. En cuanto brotaba una herejía, se reunía un Concilio y era anatema-

(1) I Cor. XI, 19.

tizada, y á medida que se multiplicaban los errores, se multiplicaban con mayores bríos los defensores de la verdad.

La historia de las herejías, ó sea de las luchas constantes de la verdad religiosa contra el error, nos suministra muchas y robustas pruebas en favor de la divinidad de nuestra Iglesia, que siempre salió en ellas victoriosa:

1.º En primer lugar, la aparición de las herejías era el cumplimiento de terminantes y repetidas profecías de Jesucristo y de los Apóstoles, que no solo anuncian su rebelión, sino que también describen su carácter, sus funestos frutos y los castigos que les están reservados. Según nuestro Salvador, son *falsos cristos y falsos profetas, que exteriormente se presentan con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces* (1). *Ved que os lo anuncio de antemano* (2). El Apóstol San Pedro los presenta como *maestros de mentira, que introducirán sectas de perdición, y negarán á aquel Señor que los redimió atrayendo sobre sí mismo la condenación* (3). San Pablo nos predice sus vicios en varios lugares de sus cartas, anunciando que serán *amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, calumniadores, incontinentes, teniendo apariencia de piedad, pero negando la virtud de ella, y no podrán sufrir la doctrina sana, sino que buscarán maestros conforme á sus deseos, y apartarán los oídos de la verdad, y los convertirán á las fábulas* (4), cuyos caracteres se observaron en los heresiarcas de todos los siglos, y especialmente en los fundadores del protestantismo (5). Y al

(1) Math. VII, 15.

(2) Id. XXIV, 5, 24, 25.

(3) II Pet. II, 1. Léase todo el capítulo.

(4) I Tim. IV. Id. II, cap. 3.º, 2.º y siguientes.—IV, 3, Judæ, 12, 18.

(5) Bayle define un *heresiarca*, un hombre que por hacerse jefe de partido, siembra la discordia en la Iglesia y rompe su unidad, no por celo de la verdad, sino por ambición, por envidia, ó por alguna otra pasión injusta. Es raro, dice, que los autores de las sectas obren de buena fe. Bergier, art. *Heresiarca*.

mismo tiempo que se anuncian estos ataques, se promete la victoria de la Iglesia que, como una roca firme, resistirá todos los asaltos del error.

2.º Las herejías son un testimonio de que la doctrina de los Apóstoles no fué aceptada sin contradicción de muchos; pero esta contradicción es favorable á su testimonio, porque no versaba sobre los hechos que predicaban, sino sobre algunos puntos de su doctrina. Si ellos hubieran predicado hechos falsos, dudosos ó sujetos á disputas, sus adversarios hubieran podido fácilmente convencerlos de impostura.

3.º Además se vió con ocasion de ellas que la Iglesia no teme ni rehuye la luz y la discusión, sino que está pronta á dar razon de su fe á todo el que la niegue. Los cristianos se vieron obligados á predicar, á argüir, á amonestar con toda paciencia y doctrina, á llevar la convicción á los ánimos, examinando, discutiendo, entrando en minuciosos pormenores, para dar solución á las objeciones, descubrir las paradojas y no dejarse deslumbrar por los sofismas. Los Concilios eran unas verdaderas academias, en que cada uno hablaba libremente, y en que las ideas eran discutidas y ventiladas ántes de lanzar contra ellas el anatema.

4.º Por efecto de esta discusión tan viva como desapasionada, se penetró hasta el fondo de las herejías, y se descubrió su falsedad y peligro. No hay herejía que no se precipite en los más graves y funestos absurdos, en el órden moral, político y social (1). En cuanto se niega cualquier dogma católico, se cae rápidamente de consecuencia en consecuencia en los más monstruosos errores. ¡De tal manera la verdad es patrimonio del Catolicismo, de tal manera la domina y la posee y se identifica con ella, que fuera de él no se encuentran más que inevitables abismos! Esta es una de las pruebas más poderosas en favor de nuestra fe.

(1) Véase Augusto Nicolás, *Del Protestantismo y de todas las herejías en su relación con el socialismo*, en cuya obra se demuestra lo dicho de una manera evidente, sobre todo en el lib. II, cap. 4.º y siguientes.

5.º Al paso que la herejía es siempre vária y mudable en sus opiniones, lo cual es indicio cierto de su falsedad (1), la doctrina transmitida por los Apóstoles y conservada por el Espíritu Santo en la Iglesia católica es inmutable en su unidad. Siempre firme en sus dogmas, siempre la misma en su doctrina, ha atravesado los siglos con marcha majestuosa, sin desviarse á un lado ni á otro, haciendo consistir su fuerza en la unidad de creencias entre sus hijos. Atacada por todas partes, hostigada continuamente por la violencia y por la astucia, viendo que muchas veces sus Doctores, por impugnar una herejía, caían en la opuesta, viendo rebrotar los errores con nuevas formas despues de su condenación, la Iglesia jamás ha sido sorprendida, ni ha tenido que sacrificar uno solo de sus principios, ni ha podido ser convencida de falsedad en ninguno de sus artículos. No hay uno solo de sus dogmas que no haya sido atacado, ya de frente, ya á la vuelta de mil insidiosos rodeos, y, sin embargo, ¡tan compacto es el cuerpo de su doctrina! Ninguna herejía ha podido ni hacer vacilar ninguna verdad católica, ni confundirla, ni áun siquiera embarazar la marcha de la Iglesia, no logrando, al contrario, sino favorecer su desarrollo y poner de manifiesto su sabiduría. «A la inversa, dice Augusto Nicolás, de aquella estatua marina de Glanco, que las olas siempre batientes habían desfigurado y cambiado en un informe peñasco, la figura de la Iglesia jamás se ha alterado por las ondas espumantes de la herejía, y cuanto más ésta ha probado estrellar contra aquélla la espuma de sus aguas, ha hecho resaltar más y más los rasgos divinos que la distinguan» (2).

Hé aquí un hecho prodigioso y nunca visto en la historia, del cual se desprenden importantes consideraciones. No hay sociedad, institución ó sistema humano que no haya caído, si ha sido viva y constantemente atacado ó que

(1) Tal es el criterio del célebre Bossuet: *Tú varías, y lo que varía no es la verdad*. Este es el pensamiento dominante de su grande obra de las *Variaciones de las Iglesias protestantes*.

(2) Libro citado, cap. 4.º

no haya sufrido cambios ó modificaciones esenciales; no hay legislación que no haya sido reformada, no hay código que no haya sido variado, no hay escuela que no haya sido convencida de error. El destino de todas las cosas humanas es mudarse y perecer. La historia no es otra cosa que el testimonio de la mudanza, áun de lo que parece más inmutable entre los hombres. Solo la doctrina de la Iglesia se ha librado de esta ley fatal, acomodándose, sin embargo, sin violencia alguna á las diversas fases de la marcha de la humanidad. De lo cual se infiere que si la Iglesia en medio de tantos ataques y mudanzas que la han rodeado ha permanecido inmutable, consiste en que no es una institución humana, sino porque es la misma verdad, porque es divina.

6.º Crece todavía la admiración si se considera que los dogmas de la Iglesia católica no se mueven meramente en una elevada esfera especulativa, en la que por la misma elevación de la doctrina es fácil escapar al desprestigio, y á cuya esfera solo llegan los talentos superiores, sino que son dogmas eminentemente prácticos, dogmas populares, patrimonio del vulgo, y sabido es que las más brillantes teorías se desacreditan al aplicarlas á la práctica. Pero no sucede así con la Iglesia; á pesar de que sus dogmas son trascendentales á todos los actos de la vida, á pesar de que su influencia se hace sentir en las costumbres, en todas las ideas y en todos los afectos, á pesar de que regulan todas las manifestaciones y se aplican á todas las relaciones sociales, no han sufrido jamás menoscabo, ni han tenido necesidad de modificación al mudarse el orden de cosas de los pueblos. Por el contrario, cuando más se desacreditan las herejías, es precisamente al traducirse en hechos, al ser aplicables á la práctica acreditando la experiencia que todas son esencialmente subversivas y perturbadoras.

«Pregúntase cada cual á sí propio, exclamaba el escritor citado, ¿cómo defendiendo la Iglesia sus más elevados misterios se halla á defender al mismo tiempo toda la série de verdades naturales y sociales, y cual vigilante centinela

apostada en las Termópilas de la civilización, cómo señala siempre de tan léjos al enemigo, le reconoce siempre á través de todos sus disfraces y de todas sus estratagemas, le hiere siempre con segura mano, sin que la astucia pueda jamás sorprenderla, ni imponerle la audacia, ni conmovérle la violencia, ni la ingratitud de esta misma sociedad que ella protege, desalentarla y hacerla abandonar su obra inmortal?»

7.º Así, pues, la existencia, los conatos y la suerte infeliz de las herejías, léjos de perjudicar á la Iglesia acreditan su verdad. Era preciso que la Iglesia fuese vivamente agitada, para que se viese la sabiduría y solidez del plan con que Jesucristo la había establecido para perpetuar su doctrina. Por otra parte, es un hecho que, después de haber sufrido los más violentos ataques, es cuando la Iglesia ha hecho sus más preciosas conquistas.

8.º ¿Qué sociedad hay que habiendo estado siempre en incensantes luchas haya salido siempre victoriosa como la Iglesia? ¿Y que si en algun lugar ha sufrido sensibles pérdidas, las haya reparado en otro con creces en la misma época? (1).

Dicen los adversarios que la Iglesia triunfó de las herejías por la fuerza, cuando contó con el apoyo de los emperadores y los príncipes, que dieron leyes contra ellas y las proscibieron con toda severidad. Olvidan sin duda que ántes de abrazar aquéllos el cristianismo, hubo en la Iglesia innumerables sectas, contra las cuales solo pudo emplear ésta las armas espirituales, arrojándolos de su seno. Olvidan sobre todo que las herejías que más perturbaron á la Iglesia fueron aquellas que contaban con la protección de los mismos emperadores, como las de los arrianos y los iconoclastas. La mayor parte de los reyes de los pue-

(1) «Era, dice Postel, como un árbol frondoso y corpulento del que se cortan algunas ramas; su buena savia no se pierde por esto; empuja por otras partes, y el cercenamiento ó corte de los troncos supérfluos no hace sino producir frutos más excelentes.»

bllos bárbaros abrazaron el arrianismo, y ejercieron muchas violencias contra los católicos. A pesar de todo, las herejías perecieron, y así se vió que la Iglesia, no solo no necesita de auxilio humano para triunfar de sus enemigos, sino que triunfa en medio de las persecuciones.

En otro lugar hemos defendido la conducta de la Iglesia respecto á las penas impuestas á los herejes. Todas las legislaciones civiles de los siglos medios decretan penas severas contra los herejes, por considerarlos, con razon, como enemigos del órden público. Pero la Iglesia jamás imploró contra ellos el brazo secular, sino despues de haber agotado todos los medios de persuasion, y solo cuando eran sediciosos y turbulentos, y su doctrina tendía claramente á la perversion de las costumbres y á la destruccion de los lazos de la sociedad. Por el contrario, muchas veces intercedió por los herejes cerca de los soberanos y magistrados para obtener su perdon, ó á lo ménos mitigar las penas en que habían incurrido. Esto lo ha demostrado hasta la evidencia Tomasino en el *Tratado de la unidad de la Iglesia*.

Léase la historia eclesiástica, apréndase en ella el carácter de las herejías, los fraudes, las sutilezas, las violencias que empleaban, y las personas que las sostenían, y se entenderá que el triunfo de la Iglesia sobre todas es una prueba de su divinidad.

Daremos ahora una brevísima noticia de las más principales (1).

§ I.—Los gnósticos.—Los maniqueos.

Bajo el nombre de *gnósticos* se comprenden una multitud de sectas de los tres primeros siglos, como los valentinia-

(1) Quien desee enterarse con más extension de los artículos que siguen, puede consultar á Bergier, *Diccionario de Teología*, ó á Pluquet, *Diccionario de las herejías*. En estas obras se encuentran la historia, los progresos y las opiniones de todas las sectas, y además la refutación de sus errores.

nos, nicolaitas, saturnianos, basilidianos, carpocracianos, etc. etc., que se daban á sí mismos este título que significa *iluminados*, pretendiendo que sabían la doctrina cristiana mejor que el comun de los fieles, y aún que los mismos Apóstoles. Aunque formaban sectas separadas, profesaban en el fondo los mismos errores.

Los principios comunes á los gnósticos eran los siguientes:

Tratando de explicar el origen del mal y su lucha con el bien en el universo, la hacían consistir en la materia, y no en el abuso de la libertad, como enseña la doctrina católica. Siendo la materia esencialmente mala, no pudo ser criada por un Dios perfectísimo y sumamente bueno, sino que es eterna. De esta materia preexistente fué formado el mundo y el hombre por ciertos espíritus imperfectos, llamados *Eones*, que Dios había producido, ó, mejor dicho, que habían salido de él por *emanacion*.

El hombre está compuesto de un cuerpo formado de la materia mala, de un alma sensitiva, y de un alma racional, que le fué dada de los Cielos. De aquí la pugna que hay en él, pues su alma racional, que conoce su celestial origen, se esfuerza por volver al Dios bueno, y es impedida por la materia y por la tiranía del principio malo. Pero entre los hombres los hay de tres especies; unos materiales, sometidos enteramente al mundo inferior; otros animales, incapaces de elevarse sobre las afecciones sensuales, aunque capaces de raciocinar, y los otros espirituales, que se ocupan de su destino y de la dignidad de su naturaleza, venciendo las pasiones que tiranizan á los demás hombres.

Jesucristo fué un génio bueno que, compadecido de los hombres, bajó del Cielo para librarlos del imperio del principio malo: mas como la materia es mala, Cristo no pudo revestirse de ella, no tomó más que sus apariencias: parece que nació, padeció, murió y resucitó, pero nada de esto sucedió en realidad. La redencion de los hombres consistía únicamente en que Jesucristo les había dado lecciones y ejemplos de sabiduría y de virtud.

Además se abandonaban á los mayores excesos de inmo-

ralidad y corrupcion, y predicaban el desprecio á las leyes, y la comunidad de bienes y de mujeres, admitiendo que eran lícitos todos los placeres. En aquellos tiempos de corrupcion llamaron la atencion por sus infamias y por sus escándalos, y fueron causa de que los gentiles, por ignorancia ó por malicia, acusasen de ellos á todos los cristianos.

«Aplicando estas doctrinas á la sociedad, ó se debía crear la unidad absoluta aniquilando la propiedad y la familia, ó en la suposicion de un doble origen, distinguir á los hombres en superiores é inferiores, resultando en el primer caso la anarquía, y en el segundo la esclavitud, como leyes necesarias de la sociedad humana» (1).

Si la fe, dice Aug. Nicolás, no debiese levantar altares al Catolicismo, el reconocimiento debería habérselos erigido por haber salvado la civilizacion en su cuna, abatiendo con redoblados golpes y con la maza de la ortodoxia la hidra del gnosticismo, cuyas cien cabezas renacian erguidas por espacio de doscientos años para devorarla.

La edad de la fuerza y de la pujanza del primer gnosticismo duró cerca de cien años. Hacia la mitad del tercer siglo, viéronse ya las señales precursoras de su disolucion: si en algun tiempo se había podido temer que la forma gnóstica tomase un ascendiente sobre el cristianismo, la preponderancia de la Iglesia fué desde entónces evidente y decidida. Mas para esto tuvo que sostener combates muy largos y multiplicados, desplegando en esta lucha todo el ardor y todo el génio de sus primeros grandes Doctores, principalmente de San Ireneo, de San Epifanio, de San Clemente y de Tertuliano.

Pero el deslumbramiento que aquel error había ejercido sobre el espíritu de tantos hombres, no se había disipado enteramente, como lo probaron los rápidos progresos y la vasta extension del maniqueismo, nueva secta, hijuela de la que se extinguía.

(1) Cantú, época VI, cap. 30.

El error fundamental de los maniqueos era el dualismo, ó sea la doctrina de dos principios, uno bueno causa de todos los bienes, y otro malo causa de todos los males, que se hallan en perpétua guerra. Manes se propuso hacer una religion compuesta del cristianismo y del magismo persa, y admitía, por lo tanto, los más groseros errores, que le hicieron odioso á todos. Pero su doctrina se extendió rápidamente en Egipto, Siria, Persia y áun la India, y por sus brillantes promesas que hacían de explicar todos los misterios de la naturaleza, y por su vida ascética en apariencia, los maniqueos atrajeron á su partido á muchos talentos, entre ellos el insigne San Agustin en su juventud, hasta que desengañado de sus impiedades, fué despues su impugnador más acérrimo.

Los Santos Padres combatieron con celo infatigable esta perniciosa herejía, cuyas teorías atacaban todos los fundamentos de la fe católica, y amenazaban bajo muchos aspectos á la sociedad: por lo cual fué tambien severamente proscrita por los emperadores.

Mas á pesar de los redoblados golpes que llevó el maniqueismo ya de parte de la Iglesia, ya de parte del poder civil, sobrevivieron sus restos, tomando muchas veces la forma de sociedad secreta, apareciendo en la Edad Media en los albigenses, petrobussianos, cátaros, etc. De ellos provinieron más tarde los husitas y los wiclefitas, que prepararon el camino del protestantismo. ¡Tales son los gloriosos progenitores de los protestantes!

En estos últimos tiempos los maniqueos habían abandonado el dogma fundamental de su secta, la hipótesis de los dos principios: no hablaban ya del mal principio sino como nosotros hablamos del demonio, y hacían notar el imperio de éste por la multitud de desórdenes que reinaban en el mundo. Pero habían conservado sus demás errores sobre la encarnacion y los sacramentos, su aversion al culto de los Santos, de la cruz y de las imágenes, su odio contra los Prelados de la Iglesia católica, y el libertinaje refinado á que conduce comunmente una falsa espiritualidad.

§ II.—*El arrianismo.*

Apenas la Iglesia empezaba á respirar con la paz que le dió Constantino, cuando Arrio, sacerdote apóstata, excitó en ella una tempestad más violenta que todas las que había sufrido hasta entónces. En ella aprendió, por una triste experiencia, que no tenía que sufrir ménos bajo el poder de los emperadores cristianos que lo que había sufrido bajo los emperadores infieles, y que debía verter su sangre, no solo por defender todo el cuerpo de su doctrina, sino tambien cada artículo particular de su fe.

Arrio atacó á la Iglesia en sus fundamentos, negando la divinidad de Jesucristo, diciendo que solo era una criatura, Dios impropriamente, pero de ninguna manera en todo igual al Padre y de su misma naturaleza. En breve se creó un partido formidable, y su herejía tomó proporciones gigantescas. Para oponerse á ella se reunió el Concilio de Nicea, y despues de un maduro exámen, condenó al novador definiendo que el Hijo es consubstancial al Padre, y en todo igual á Él. Esta palabra es la verdadera expresion de la fe católica.

Arrio, que había sido desterrado, engañó al emperador prometiendo suscribir á la fe de Nicea, y firmando una fórmula equívoca, obtuvo la libertad de volver. Desde entónces sus partidarios comenzaron á perseguir á los católicos, y con especialidad á San Atanasio, que se había negado firmemente á recibir á Arrio en su comunión. Sus artes y calumnias fueron causa del destierro y deposicion de aquel santo Prelado, en el cual se personificó la causa católica, y lograron tambien desterrar á muchos Obispos adictos á la fe de Nicea. Cuando los partidarios de Arrio se congratulaban de su triunfo, murió éste de repente y de una manera trágica.

Pero con su muerte no terminaron las turbulencias de su herejía, sino que se recrudecieron más. Haciéndose poderosos los arrianos, y contando con el apoyo de los emperadores, celebrando concilios, en los cuales se hacían los señores, empleando otras veces la astucia, el fraude y el

sofisma para evitar su condenacion, y apelando cuando tenían ocasion á las más inauditas violencias para imponer sus errores, y ocupar las sillas que usurpaban, parecía que habían de concluir con la fe católica. *Jimió todo el mundo y se admiró de verse arriano*, dice San Jerónimo, refiriendo cómo fueron sorprendidos los Padres del Concilio de Rimini. Pero desde el momento que esta herejía quedó abandonada á sí misma, cayó para siempre, y no queda de ella más que el nombre cubierto de oprobio.

El arrianismo, dice Cantú, era una transaccion entre el gentilismo y el Evangelio, cual convenía á una sociedad envejecida: era la máscara de un deísmo que se presentaba con la reforma general de los cultos antiguos, y con las opiniones de los sincretistas mezcladas con el dogma cristiano, y atacaba la esencia misma de la fe. Si Jesucristo es una criatura, ó Dios diferente del Padre, los que le adoran son idólatras, ó reconocen dos Dioses, y se va á parar al politeísmo. Pues si Dios no obra directamente sobre el hombre, se niega la gracia, y se quita al cristianismo la fe en el Hombre-Dios, único mediador divino que le abre el camino de la divinidad y le da medios de acercarse íntimamente á ésta, y encuentra de nuevo entre él y Dios aquel abismo que le separaba en los siglos paganos (1).

Por eso esta herejía produjo en la Iglesia tan hondas perturbaciones y se desplegó la mayor actividad por extirparla. Nada más importante que asentar firmemente el dogma que aquélla negaba y ponerlo fuera de toda contradicción.

¡Qué diferencia entre la marcha tortuosa de esta herejía y la conducta franca y firme de la Iglesia católica! Los arrianos abusaban continuamente de la Escritura, alteraban su sentido con explicaciones sutiles, buscaban términos ambíguos y sofísticos para sus profesiones de fe, y creían haber obtenido una gran victoria cuando por medio de la intriga ó de la violencia conseguían hacer firmar á los

(1) Epoca VII, cap. 4.º